



## PERCEPCIÓN, TEATRO Y MUNDO MÁGICO

Santiago Trancón



Para empezar con buen pie el discurrir (y la discusión) de este discurso, hemos de clarificar el concepto de “mundo mágico”<sup>1</sup>. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de “mundo mágico”? “Magia” y “mágico” son términos demasiado genéricos y ambiguos; se prestan, además, a un exceso de subjetivismo, por lo que podemos llegar a utilizarlos para referirnos a cosas muy distintas. Para superar el carácter difuso y subjetivo que encierran, hemos de intentar definir alguno de los usos y sentidos más corrientes a fin de ir aclarando, al menos, de qué no vamos a tratar en este artículo.

Uno de los usos más comunes es el que identifica “mundo mágico” con “mundo esotérico”. El esoterismo, las llamadas ciencias ocultas, el estudio de los fenómenos paranormales y la infinidad de pseudociencias que han adquirido una enorme difusión en los últimos años tiene una larga e interesante tradición. Bajo múltiples formas, escuelas y teorías, sus seguidores han oscilado entre la superstición y el intento de dar una base científica a sus intuiciones y experiencias. Aún queda por descubrir y estudiar su influencia en el terreno del arte y del teatro. Este estudio puede revelarnos aspectos relacionados con la esencia misma del arte, la creatividad y las motivaciones últimas que nos impulsan a la búsqueda de mundos de ficción, explorando los límites de la realidad misma. Pero, sin negar la importancia del ocultismo y la tradición esotérica, decimos que

---

<sup>1</sup> Hace un año, el Departamento de Dramaturgia de la RESAD organizó un Seminario en el que participé con una conferencia titulada “Percepción y Mundo Mágico”. El centro de la exposición no giraba en torno al teatro, aunque sí las conclusiones del debate planteado. Este artículo es deudor de aquella charla y de las reflexiones que posteriormente me vi impulsado a llevar a cabo.

## artículos

---

éste no va a ser el centro de nuestra reflexión.

Tampoco queremos identificar, en segundo lugar, mundo mágico con “mundo místico”, “espiritual” o “sobrenatural”. El mundo mágico no tiene que ser necesariamente un mundo trascendente, al que sólo se pueda acceder mediante una experiencia mística, religiosa o seudoreligiosa. La proliferación actual de religiones, sectas, movimientos salvadores, técnicas y terapias de carácter espiritual o mentalista, es abrumadora. Esta mezcla de religión, mística, orientalismo, psicología, manuales de autoayuda y terapias de conducta se presta a la mayor confusión, y no es infrecuente identificar todo ello con la idealización de un mundo mágico o trascendente al que, mediante alguna de esas prácticas, soñamos con tener acceso. Como en el caso del esoterismo, no negamos la tradición y la importancia de muchas de estas corrientes místicas y psicológicas, algunas de ellas muy emparentadas con el ocultismo, pero tampoco queremos convertirlas en el centro de esta discusión.

Esoterismo y misticismo, con sus infinitas formas, nombres y mezclas, se asientan en actitudes y reacciones que nacen, sin duda, de la insatisfacción del hombre actual, de las múltiples tensiones y sufrimientos a los que cada día está sometido y de la necesidad de buscar un bienestar y una felicidad que no encuentra por ningún lado. También, seguramente, del deseo de hallar explicaciones que den cierta coherencia o sentido al mundo y a su vida, más allá de la ciencia o las afirmaciones del sentido o el sentir común. Si bien podemos comprender los motivos que impulsan a tanta gente hoy a la búsqueda de métodos, técnicas, terapias y filosofías más o menos elaboradas, con las que superar su insatisfacción, su sufrimiento y su desorientación vital —o simplemente satisfacer su curiosidad intelectual—, no podemos compartir el fondo de irracionalismo y creencias en las que se fundamentan. Dejando a un lado el problema de la buena o mala fe de muchos de sus promotores (es frecuente el engaño y el comercialismo más descarado), y sin entrar tampoco en el mayor o menor grado de desvarío o iluminismo que muchos de estos maestros, gurús, santones o “investigadores” claramente manifiesta, decimos que todo este mundo esotérico y espiritual, tal y como se concibe y manifiesta, no nos interesa. Sí nos interesan

## artículos

---

—y mucho— las creaciones y realizaciones artísticas que han nacido bajo su inspiración o impulso, pero no queremos centrarnos en este fenómeno, porque nos desviaríamos del intento más general, el de definir qué realidad y qué sentido puede tener para nosotros hoy “lo mágico”, más allá de cualquier referencia esotérica, mística o sobrenatural.

Cerrado el camino de acceso al mundo mágico a través del ocultismo o el misticismo trascendental, nos quedan todavía por explorar otros dos caminos, los que con más frecuencia se transitan en la búsqueda de una realidad o un sentido que nos permita hablar de “lo mágico” o “la magia” sin llenar estos conceptos de connotaciones irracionistas. Me refiero, por un lado, al sentido que “lo mágico” o “el mundo mágico” tienen para el arte en general, y para la literatura y el teatro en particular, y, por otro, al uso que de estos términos hace la antropología, campo de estudio donde lo mágico ha adquirido una mayor relevancia y significación.

En el terreno de la literatura, el arte y el teatro, se suele usar con excesiva frecuencia el término “mágico” o “mundo mágico” para referirse a una experiencia en la que se mezcla lo intenso o exquisitamente emocional con lo inexplicable o difícilmente explicable. Este uso puede acabar convirtiendo a lo mágico en un lugar común, una forma tópica de reafirmar el carácter inefable del arte y la experiencia artística, remitiéndola a una subjetividad que, por su propia naturaleza, no necesita definirse, ni explicarse, ni justificarse. En este sentido, se puede hablar del mundo mágico de un autor o de una obra para aludir a la construcción de mundos de ficción más o menos fantásticos, irreales o personales, relacionados casi siempre con mitos primitivos o con una visión lírica de la realidad. Podemos hablar así del mundo mágico de Valle-Inclán, del realismo mágico de García Márquez o de los elementos mágicos y míticos de *Bodas de sangre*, *Medea* o *Fausto*. También, y por extensión de este uso y sentido, hablamos muchas veces de la “magia” de un texto, un autor o una obra, para indicar su capacidad de encanto o encantamiento, de fascinación o embrujo; o sea, para señalar la poderosa y misteriosa atracción que ejerce sobre nosotros. Nada tengo en contra de esta forma de analizar y descubrir un sentido oculto y muchas veces revelador

## artículos

---

de una obra, un autor o un texto. Más aún, creo que es necesario superar el exceso de sociologismo, reduccionismo naturalista o psicologismo barato, con el que muchas veces se abordan y estudian autores, montajes, obras, sin tener en cuenta referencias y claves relacionadas con el mundo mágico y sin las cuales resulta imposible entenderlos plenamente. Pero, fieles al propósito inicial de ir al fondo del asunto, no vamos a quedarnos tampoco aquí, desvelando o reivindicando la presencia de lo mágico en el mundo de la literatura y el teatro. Y la razón es porque vemos que lo mágico para el arte o el teatro, en este enfoque, por mucha relevancia que pueda adquirir, no es nada más que un fenómeno estético, cuyo estatus de realidad se da por sentado que es el de la ficción, aunque esa ficción y la experiencia que conlleva sean subjetivamente muy valiosas y tengan una influencia real sobre quienes participan en el hecho artístico, ya sea como creadores, como lectores o espectadores. Yo llamo a esto “la versión débil” de lo mágico, o sea, la consideración de lo mágico desde el punto de vista de la ficción, del deleite que va unido a la creación o recreación de mundos propios mediante la fantasía o la imaginación, pero a los que nunca se otorgará, no ya un nivel de realidad objetiva, sino siquiera la posibilidad de que puedan tener algún tipo de objetividad o realidad más allá de la ficción. Si se concede algún nivel de realidad a esos mundos mágicos del arte, el teatro o la literatura, siempre será por vía analógica o metafórica (tal y como se suelen interpretar los mitos primitivos) para aludir a creencias, valores, sueños o fantasías cuya interpretación corresponde a la psicología, la sociología o la historia. Detrás de cualquier manifestación artística de lo mágico siempre habrá una explicación racional. Bastará acudir al estudio de mecanismos de represión, perversión o sublimación, por un lado, y al estudio de las condiciones económicas y sociales, por otro, para recluir cualquier manifestación mágica en el mundo de la ilusión o la irrealidad, aunque se encuentre un sentido o una lógica (subjetiva y social) a esas creaciones o manifestaciones. Siempre acabará lo mágico, en definitiva, en el ámbito de la subjetividad, sin que a nadie se le ocurra preguntar por la simple posibilidad de que la creación o recreación de mundos mágicos pueda tener algo que ver con la percepción real, directa o

## artículos

---

indirecta, de esos mundos. Será, cuanto más, “un asunto del inconsciente o de la mente”, dando por supuesto que la mente es capaz de crear mundos inexistentes al margen de cualquier tipo de experiencia perceptiva real. Pero insisto, si alguien pretendiera dotar a lo mágico o a los mundos mágicos de la literatura o el teatro un nivel de objetividad que tuviera algo que ver con una experiencia perceptiva real, no dudaríamos en tacharlo de loco o alucinado. Por eso digo que la forma habitual o más común de tratar lo mágico en el arte es desde esa versión débil, correcta, a la que hemos aludido. Un paso más allá del mero disfrute estético, emotivo, o de su eficacia asociativa o metafórica, llevaría a los defensores de lo mágico al terreno de la credulidad, cuando no al desvarío.

Pero ¿existe alguna otra forma de abordar o considerar lo mágico? ¿Es posible una “versión fuerte” de lo mágico? ¿Es posible hablar de un mundo mágico, o de otros mundos mágicos, y que esto no sea una simple metáfora o analogía de una experiencia subjetiva ligada a la ficción? ¿Se puede hablar en algún sentido de un mundo mágico real, realmente existente y perceptible? La pregunta tiene para cualquiera una importancia capital, porque, sin duda, de la respuesta, o de la forma de respuesta que le demos a esta pregunta, puede depender que cambie para nosotros, no ya el nivel de realidad artística y, por tanto, el sentido del arte al que nos dedicamos (en nuestro caso, el teatro), sino el estatus de la realidad en su conjunto, o sea, la percepción o interpretación que hacemos del mundo y de nuestro entorno en la vida cotidiana. Si detrás de lo que llamamos mundo o mundos mágicos, existe algún tipo de realidad, no es mera ilusión, creencia o fantasía, podríamos contemplar o interpretar la presencia de lo mágico en el arte y el teatro desde una perspectiva muy distinta, viendo que a través de metáforas, símbolos, mitos, imágenes y asociaciones insólitas late quizás un intento de aproximación o conexión con una realidad aparte de la que el arte nos daría atisbos o expresaría profundos anhelos todavía no del todo dormidos. Lo mágico dejaría de ser sinónimo de fantástico o irreal, para pasar a ser considerado como alusión, mediación o interpretación de una realidad aparte, separada de la realidad cotidiana por una simple barrera perceptiva.

## artículos

---

Llegados a este punto, y para avanzar por el intrincado y peligroso camino que se abre ante nosotros, nada mejor que dar un pequeño rodeo y acudir a la antropología, que es la ciencia que con mayor rigor ha intentado acercarse al mundo de lo mágico. A partir del conocimiento y descripción de las llamadas culturas primitivas, y del esfuerzo de comprensión e interpretación de las mismas, ha llegado la antropología a elaborar un concepto de cultura que pone en cuestión muchas de nuestras ideas sobre el hombre y su evolución, el progreso y la civilización moderna. Ya no es posible sostener una idea lineal y acumulativa del progreso humano, como tampoco tiene fundamento alguno el etnocentrismo occidental que erige como modelo evolutivo y de organización social sus propias costumbres y valores culturales. Pero me interesa destacar aquí, sobre todo, una idea que ha servido de fundamento a la labor antropológica: la de que no es posible valorar, ni entender, ni interpretar una cultura fuera de su propio sistema simbólico y de lo que podríamos llamar “el orden fenomenológico interno” que configura el conjunto de sus prácticas, costumbres y valores. Esta actitud de respeto y de “relativismo” cultural, va unida a la idea de que para conocer e interpretar una cultura distinta a la nuestra, es imprescindible sumergirse en ella, porque sólo desde el conocimiento directo de su totalidad pueden adquirir algún sentido ciertas prácticas, usos y conceptos mágicos que nos resultan chocantes. Del trabajo de campo intelectual o descriptivo se debe pasar, dicen algunos antropólogos, a una inmersión sin prejuicios en la vida de esos pueblos cuya cultura se quiere llegar a conocer y comprender sin imponer sobre ellos nuestros propios conceptos e interpretaciones.

Así es como se han topado algunos antropólogos con “el mundo mágico” de otros pueblos y culturas, o sea, con el enigma que muchas de sus prácticas, costumbres y visiones de la realidad encierran. Los primeros antropólogos, desde la suficiencia y el etnocentrismo, trataron de explicar multitud de fenómenos “raros”, acudiendo a sus propios esquemas y conceptos. Se creó así la figura del “hombre primitivo” como la de un hombre todavía no suficientemente evolucionado. Su pensamiento y su visión de la realidad eran “mágicas” en oposición a “racionales”. El pensamiento

## artículos

---

mágico o salvaje era un pensamiento no racional, que correspondía a un estadio de evolución mental primitivo y que se basaba en una concepción animista del mundo, siendo, ese hombre primitivo o salvaje, incapaz de establecer relaciones de causalidad objetiva entre los fenómenos de la naturaleza. Naturalmente, se concluía, esa forma de percibir e interpretar la realidad era ingenua, no científica, infantil. Precisamente el niño, en su evolución, también pasaba por esa fase de pensamiento concreto, mágico y animista, y hasta que no maduraba física, psicológica y mentalmente no era capaz de alcanzar el estadio superior del pensamiento lógico, abstracto, racional o científico. Magia frente a ciencia, pensamiento mágico frente a pensamiento racional, niño frente a adulto, hombre primitivo frente a hombre moderno. Las cosas parecían muy claras; una interpretación simplista de las ideas de Darwin servía de fundamento a esta valoración autosuficiente (despectiva o condescendiente, tanto da) de esas otras culturas diferentes.

Los antropólogos modernos, mucho más humildes o sencillamente más sensatos, comprenden que cualquier cultura tiene su lógica, su sentido y su propio valor, sin que podamos erigir nuestros patrones culturales en modelo de nada. Más aún, descubren en muchas de esas culturas marginales o desaparecidas, ejemplos de formas de ver, sentir e interpretar la realidad que de algún modo representan estados más avanzados de percepción humana, así como de organización social, de contacto con la naturaleza y de creación artística. Pero la antropología oficial, paradójicamente, no se ha atrevido a ir más allá. En su afán por ser reconocida y aceptada dentro del orden intelectual de las ciencias (o sea, dentro del orden académico mundial) y con aspiraciones ella misma a constituirse en ciencia objetiva y punto de encuentro del resto de las ciencias (su síntesis o fundamento), no se ha atrevido a tomar en serio sus propios hallazgos, viéndose en la necesidad de recluirlas o reintegrarlas en el orden simbólico dominante, o sea, dentro de la cognición del hombre moderno. Así, reconoce la existencia de fenómenos y prácticas mágicas en otras culturas que sólo adquieren sentido desde supuestos cognitivos distintos a los del hombre actual, pero los interpreta al mismo tiempo, aunque no tenga para ellos una explicación clara, como “estados de conciencia alterada”.

## artículos

---

Naturalmente, esta alteración, por muy atractiva o sugestiva y hasta poética que pueda ser, siempre será eso, una alteración más o menos momentánea del orden de la normalidad, o sea, el de “la conciencia no alterada”. Los llama estados de conciencia alterada porque comprueba que casi siempre se accede a ellos a través de la ingestión de sustancias alucinógenas, psicotrópicas, o del tipo que sea, y en medio de rituales esotéricos o iniciáticos en los que destaca la figura del brujo o chamán como el conocedor de secretos que no revela a extraños, lo que acrecienta el sentido misterioso (¿mágico?) de estas ceremonias de entrada en mundos desconocidos. Se vincula lo mágico así con la brujería, y aunque se reconozca que la brujería forma parte del sistema social y cultural de esos pueblos o tribus estudiadas, nunca se estará dispuesto a tomar en serio esas manifestaciones de brujería o magia como fenómenos pertenecientes a otra cognición o a formas cognitivas coherentes con otra percepción de la realidad, tan válida como la nuestra. Cuando algún antropólogo, como es el caso de Carlos Castaneda, se ha atrevido a afirmar que es nuestra cognición (o sea, los procesos cognitivos responsables de nuestra vida cotidiana, desde la percepción a la sintaxis) los que determinan los límites de nuestra percepción e interpretación de la realidad, y que, por tanto, cambiando nuestra cognición e incorporando otra cognición (la de algunos brujos o chamanes, por ejemplo) percibiríamos otra realidad tan real, coherente o sólida como la realidad de nuestra vida cotidiana, la antropología, convertida ya en ciencia oficial, no ha podido aceptarlo, porque una afirmación de este tipo —sobre todo si se entiende no sólo como un supuesto intelectual, sino como una posibilidad práctica y real— pone en cuestión la universalidad y exclusividad de nuestro orden cognitivo. Carlos Castaneda, sin embargo, consecuente con estas premisas, quiso comprobar el hecho de que, a través de otra percepción y otra conciencia, podíamos acceder a una realidad aparte o a otros mundos completos, tan reales como el nuestro, a los que podemos llamar, en su sentido más fuerte, mágicos. Y no sólo comprobó que efectivamente ésa era una de las posibilidades humanas, sino que decidió dedicar su vida a explorar esos mundos y a dar cuenta de sus viajes y su estancia en ellos, involucrándose no solamente de

## artículos

---

forma intelectual o especulativa, sino práctica, llegando así al conocimiento y la experiencia directa de mundos verdadera y literalmente mágicos.

Pero antes de resumir brevemente las ideas y el fundamento lógico y teórico del sistema cognitivo elaborado y vivido por Carlos Castaneda, vamos a dar otro rodeo que nos sirva, no de atajo, sino para tomar perspectiva y así poder mejor adentrarnos en las ideas mágicas y revolucionarias que Castaneda nos ha dejado a través de una docena de libros y de numerosas charlas, talleres y seminarios. El rodeo nos llevará a echar un vistazo al mundo mágico desde tres perspectivas distintas —como si subiéramos a tres pequeñas colinas—, que nos servirán a su vez como de tres puntos de apoyo para dar un salto hacia el mundo de Carlos Castaneda y desde él hacia el teatro. Bien, pues estos tres apoyos van a ser la fenomenología de Husserl, la física cuántica y la teoría de la cognición social de la psicología cognitiva. Empecemos por Husserl.

Del complejo sistema filosófico de Husserl nos vamos a centrar sólo en uno de sus conceptos básicos, el de “epojé” o reducción fenomenológica. Decía Husserl que todo verdadero conocimiento de la realidad —base de cualquier ciencia o sistema filosófico que aspire a un conocimiento absoluto— debe partir de una desconexión de la “actitud natural”, o sea, de la percepción ordinaria de la Naturaleza y de las ideas del yo, así como de todos los juicios que esa percepción lleva consigo. Suspender el juicio, poner entre paréntesis todo significado. Se trataba de sustituir la experiencia natural por la “experiencia fenomenológica”, una especie de visión o contemplación de la realidad despojada de toda interpretación o significación, o sea, de toda objetividad previa o trascendente. Este acto, sobre la base de una nueva actitud, conducía a un conocimiento o conciencia pura de la realidad, punto de partida de cualquier investigación científica o filosófica. Para Husserl la experiencia empírica estaba ya “pervertida” por la “actitud natural”, por eso lo que esta experiencia nos dice que es real no se acepta, se pone entre paréntesis. Debemos decir que Husserl estableció este principio de la reducción y la experiencia fenomenológica como mero ejercicio intelectual, sin plantearse en ningún momento la posibilidad de

## artículos

---

hacer de él una premisa práctica. Suspender los parámetros de la percepción ordinaria, parar el flujo del sistema cognitivo e interpretativo normal, no era más que una abstracción filosófica, no una posibilidad real, algo que pudiéramos intentar alcanzar. En cierto modo nos encontramos aquí también, como ocurre con la antropología, con una visión puramente especulativa de lo mágico, con el enunciado de una “versión fuerte” de lo mágico, pero que queda, en el fondo, excluido o separado de nosotros por una barrera infranqueable, ya sea por considerarlo, en un caso, como alteración de la conciencia o, en otro, como resultado de un mero análisis especulativo de la conciencia. Ambas posiciones dan por supuesto la existencia o la posibilidad de una percepción no ordinaria del mundo, pero no se toman esta afirmación en serio hasta el punto de intentar llevarla a la práctica y dar cuenta de los resultados de ese intento.

El segundo punto de apoyo, decíamos, va a ser la física cuántica. La teoría cuántica ha desafiado a la física clásica y hoy es la base fundamental de la concepción que los científicos tienen de la realidad del mundo material y de nuestra relación con él. Como teoría anti-intuitiva, sus afirmaciones resultan enormemente chocantes para nuestra visión ordinaria de la realidad, que sigue profundamente involucrada y guiada por una visión newtoniana de la materia y el universo. Esta visión, sin embargo, resulta hoy totalmente desfasada, no sólo a un nivel teórico, sino como base de la experimentación científica y de las realizaciones tecnológicas de nuestro tiempo, imposibles de llevar a cabo desde los supuestos clásicos sobre la constitución de la materia, el orden y el funcionamiento del universo. No vamos a entrar aquí en las complejidades teóricas de la física cuántica, sino sólo traer a cuento algunas de sus afirmaciones relacionadas con la hipótesis planteada, o sea, la posibilidad de percibir otra realidad a la que llamamos mágica o no ordinaria, y el discutir los supuestos racionales o irracionales que avalan esta hipótesis.

Partiendo del estudio de los fotones, la teoría cuántica nos dice que la concepción determinista o mecanicista de la realidad (construida según la analogía del movimiento de las bolas de billar), es insostenible, pues no es posible aplicarla al comportamiento de las partículas subatómicas. Si la base de todo

## artículos

---

el mundo material son los átomos y sus partículas, toda la realidad se comporta de manera distinta a como acostumbramos a verla y describirla nuestros sentidos. Si no es posible predecir el comportamiento de un electrón —determinar su posición en un momento concreto, por ejemplo—, esto quiere decir que toda la realidad está sometida a un principio de indeterminación o incertidumbre. Podemos llegar a cuantificar esta incertidumbre como hizo Heisenberg, pero siempre partiendo de que el mero hecho de tratar de fijar un electrón en un lugar específico para poder observarlo, introduce ya una perturbación incontrolable o indeterminada en su movimiento. Hasta tal punto es así, que nos resulta imposible concebir la realidad de un mundo de “afuera” independiente de nuestra observación, ya que la concepción de la realidad misma está inextricablemente ligada a nuestras propias percepciones de esa realidad. Quiere decir esto que es imposible separar realidad y conciencia, o si se quiere, que es imposible concebir una realidad independiente de la conciencia que de esa realidad tenemos. Dicho de otro modo: la física no puede decir nada acerca de lo que el mundo realmente es, sino sólo acerca de lo que nosotros “observamos”, y lo que nosotros podemos observar del mundo subatómico es que este mundo es intrínsecamente impredecible y borroso, algo que sólo sabemos que existe a partir de nuestra observación, y que no tenemos modo alguno de saber si existe más allá o más acá del momento de nuestra observación. Los conceptos básicos de la realidad, como la masa o la energía, la gravedad o la gravitación universal, no son más que abstracciones que sirven para hacer predicciones y realizar cálculos que conecten nuestras observaciones. Pero ni la energía ni la gravedad son realidades visibles o tangibles. Esto mismo podemos afirmar del mundo subatómico. Como dicen P. Davies y J. Brown en su libro *El espíritu en el átomo*, “siguiendo la lógica de la teoría cuántica hasta su conclusión final, la mayor parte del universo físico parece diluirse en una fantasía de sombras” (p. 46).

Algunos físicos llegan a defender teorías verdaderamente mágicas, como la de la existencia de infinitos mundos paralelos coexistiendo con el que vemos cada instante; o la de que la existencia del universo necesita de un observador o una mente

## artículos

---

universal para que pueda existir o manifestarse como tal, ya que sin observación no hay realidad; la de la antimateria, la de la materia oscura, la de los agujeros negros y los agujeros blancos... La física cuántica supone una verdadera revolución cognitiva y tardarán todavía muchos años o siglos en que el sentido común de la humanidad incorpore a su visión de la realidad y a su experiencia perceptiva, todo lo que esta revolución implica. El cambio de nuestras ideas básicas, el cambio de la cognición, es un proceso muy lento. Puede durar cientos de años. Pero nuestra vida es mucho más corta. ¡No podemos esperar a tanto! Demócrito habló de los átomos hace varios miles de años. ¡Hasta el siglo XX no se aceptaron sus ideas! Antes de comprobar algo, hay que hacerse a la idea de que ese algo puede existir, pues de lo contrario nunca lo tendremos en consideración. Debemos cambiar nuestra idea del mundo, de lo que es real y de lo que no lo es, o sea, dar entrada en nuestra cognición y en nuestra vida cotidiana a la existencia de lo mágico o de un mundo mágico, nuestro propio mundo —el que percibimos a cada instante, que resulta mágico en cuanto alejamos de él nuestras ideas predeterminadas— o cualquier otro mundo perceptible o accesible a nuestra conciencia, imaginable o inimaginable. La ciencia, la verdadera ciencia actual, no defiende una visión mecanicista, positivista, de la realidad. Ciencia se opone a superstición, religión, fe, irracionalidad, pero no a una visión y una experiencia mágica del mundo. La ciencia está borrando las fronteras entre realidad física y realidad mágica, tratando de acercarnos al misterio que de verdad nos constituye y del que todos en el fondo somos muy conscientes: el hecho de que el estado físico actúa alterando nuestra conciencia y de que el estado de nuestra conciencia actúa también alterando el estado físico (nuestro y del mundo).

El tercer apoyo, decíamos, como un alto en el camino discursivo iniciado sobre la naturaleza de lo mágico —alto y parada desde la que tratar de divisar el horizonte infinito que abre ante nosotros la mera posibilidad de considerar al mundo mágico como un mundo real, y no sólo como un mundo mental o fruto de la ilusión o la fantasía—, el tercer rodeo, digo, va a consistir en resumir las ideas básicas de la llamada “teoría de la

cognición social”, una de las aplicaciones más fecundas de la psicología cognitiva en el campo de la psicología social. El objeto de la psicología social es analizar la interacción mente/sociedad, o sea, la interacción entre procesos mentales y procesos sociales. El concepto de cognición se refiere a los procesos psicológicos implicados en la elaboración del conocimiento del mundo como la percepción, el procesamiento y la interpretación de cualquier información. Bien, pues la idea básica es que nuestra cognición está enteramente socializada. No ya sólo que percibimos e interpretamos la realidad acomodándola a estructuras cognitivas previas (esquemas, conceptos, creencias, expectativas, etc.), sino que esas estructuras están profundamente determinadas por nuestras relaciones sociales. La percepción es un proceso activo, en el que los estímulos tienen un papel meramente inicial, o de desencadenamiento de procesos constructivos, procesos guiados por pautas y necesidades que ya no tienen nada que ver con la naturaleza o la intensidad del estímulo. Percibir es interpretar. Percibir es categorizar, seleccionar, unificar, homogeneizar y convertir la multiplicidad de estímulos sensoriales en un mundo de objetos y realidades sólidas y permanentes. Este proceso está guiado por la socialización, o sea, por la necesidad de unificar y conformar nuestra percepción del mundo, en el doble sentido de dar forma común y de aceptar lo ya dado o establecido. El mundo que percibimos diariamente es un mundo construido activamente por todos y cada uno de nosotros a partir de la presión social. Aprendemos desde que nacemos a percibir y a construir e interpretar el mundo del modo como lo hacemos. La percepción de los otros, especialmente, no es un proceso empírico, sino el fruto de procesos de inferencia, atribuciones, esquemas, estereotipos, sesgos, creencias, expectativas y emociones que actúan como órdenes grabadas en un programa previo. Nuestra mente está absorbida por la socialización. Naturalmente, este hecho nace de nuestra condición y evolución. Como predadores, somos quizás los seres más perceptivos y sensitivos, a la vez que más débiles o vulnerables desde el punto de vista físico. Por eso somos también los más necesitados de la socialización. Nuestra

## artículos

---

percepción del mundo está guiada por nuestra condición social y predatoria, y por eso hemos construido un mundo perceptivo objetual, sólido, predecible, manipulable, medible, contable, más parecido a una piedra que a un río. La realidad, sin embargo, sospechamos que se parece más a un río que a una piedra, a una piedra esculpida, si se prefiere. Y si se me permite una metáfora, yo diría que la realidad mágica, de acuerdo con lo que venimos afirmando, podría parecerse a “una piedra de agua esculpida”. Para percibir esa piedra preciosa, necesariamente tendremos que romper el automatismo de la percepción social, la que nos sirve para movernos con eficacia como predadores, pero que no nos sirve para convertirnos en perceptores puros, otra de nuestras posibilidades evolutivas.

Y así hemos llegado hasta Carlos Castaneda y su mundo mágico. No podemos aquí profundizar en la obra de Carlos Castaneda, pero sí resumir alguna de sus aportaciones más revolucionarias. A partir de las enseñanzas que recibió de un indio yaqui llamado Juan Matus, supo Castaneda sistematizar un conjunto de conceptos y prácticas ligadas a una fascinante tradición de origen tolteca, descubriéndonos un conocimiento milenario que hasta hoy había sido transmitido secretamente a través de sucesivos linajes de brujos. Los libros de Castaneda contienen relatos deslumbrantes y poseen un poder verdaderamente mágico para quienes se acercan a ellos sin prejuicios y están dispuestos, sobre todo, a cambiar no sólo sus esquemas cognitivos, sino sus hábitos de conducta y prácticas cotidianas. Su sistema no nace de ninguna suposición o elucubración, sino de la percepción directa de la realidad, tal y como los brujos la ven, o sea, como infinitos campos de energía. Para percibir así, los brujos deben separar o cambiar la base social de la percepción. El mundo es, nos dicen, antes que nada, un mundo de energía. Si percibimos la realidad en términos de energía, el mundo se vuelve mucho menos sólido, rutinario y predecible. La esencia del universo es un misterio absoluto y sólo podemos describirla de forma abstracta o con imágenes aproximadas, como la de un conjunto infinito de filamentos o emanaciones luminosas, enteramente conscientes de sí mismas y que se extienden en todas direcciones. No es difícil relacionar esta

## artículos

---

forma de describir el mundo por parte de los brujos, con la llamada teoría física de las supercuerdas. Según esta teoría, miles de millones de cuerdas invisibles pueblan el universo y sus vibraciones o frecuencias dan lugar a todas las formas de la materia y la energía.

Esta percepción energética del mundo se extiende también a los seres humanos. Para Castaneda y estos chamanes, los seres humanos somos como esferas o bolas luminosas compuestas de un conglomerado de campos de energía. Dentro de esta bola hay un punto más intenso, llamado “punto de encaje”, que es el punto donde la percepción tiene lugar, porque es por donde pasan los filamentos de energía del universo. Este punto funciona como una especie de filtro que sólo permite el paso (y, por tanto, sólo la percepción) de un número limitado de filamentos. Lo insólito es que el lugar en que está localizado este punto puede modificarse, desplazarse de donde está habitualmente situado. Así ocurre, ligeramente, en los sueños. Un desplazamiento hacia adentro o hacia los lados de la bola luminosa del “punto de encaje” lleva consigo la percepción de otros mundos, y a una percepción distinta del mundo de la vida cotidiana. El lado práctico de todo ello es que, sin necesidad de ninguna droga o sustancia alucinógena, sino con cierta práctica y disciplina, podemos desplazar ese punto de encaje de la percepción y adentrarnos en mundos mágicos inimaginables, mundos tan reales como el mundo ordinario. El paso se da mediante el cambio de la conciencia ordinaria o habitual a una “conciencia acrecentada”. El requisito es alcanzar el “silencio interno”, o sea, la interrupción del flujo de la interpretación socializada del mundo con su sintaxis y verbalización. Llegamos así a la conclusión de que lo que para Husserl era una mera especulación, o lo que para los físicos cuánticos no es más que una posibilidad teórica, para Carlos Castaneda es un hecho energético y perceptivo capaz de cambiar todo nuestro ser y nuestra vida.

Todas estas ideas tienen un enorme poder sugestivo, mágico, por sí mismas. No son contrarias, como hemos tratado de demostrar, a la razón, pero van mucho más allá de la razón y de cualquier esquema cognitivo habitual. Parten de no aceptar una interpretación del mundo a priori, y nos invitan a despojarnos de

## artículos

---

esquemas predeterminados para poder experimentar una percepción real y directa del mundo. Todo es “como” parece, pero nada es “lo” que parece. La realidad es “lo” que percibimos, pero esa realidad es “algo más” de lo que percibimos. Calculan los físicos que seleccionamos menos de una mil millonésima parte de las ondas y partículas de energía que nos rodean. Con esa pequeñísima parte somos capaces de construir mágicamente la realidad de cada día. Si seleccionáramos otra mil millonésima parte, seríamos capaces, al menos, de construir otro mundo paralelo, igual de sólido y real que el que en este momento todos estamos construyendo y sosteniendo. Esta posibilidad no es fantasiosa, está dentro de nuestras posibilidades genéticas, evolutivas y energéticas. Calculan también los biólogos que sólo un 1% de nuestro ADN interviene en los procesos de codificación y transmisión celular. ¿Qué hace el otro 99%? ¿De qué se ocupa, o de qué se podría ocupar? ¿Y nuestro cerebro? ¿En qué se entretiene o se podría entretener ese 85 ó 90% que al parecer no utilizamos para nada?

Sí, nada es lo que parece, o todo es lo que parece y algo más. Nosotros mismos, por ejemplo. Nuestro cuerpo contiene 50 billones de células. A simple vista no vemos ni una sola. Tampoco vemos las moléculas de que están formadas nuestras células y menos aún el inimaginable y pavoroso número de átomos de que están compuestas esas moléculas. Pero lo más sorprendente es que entre un electrón y un protón, por ejemplo, hay una distancia “intergaláctica”, por lo que podemos decir que el 99,99% del átomo es vacío, está vacío. Así que el 99,99% de nuestro cuerpo es vacío, puro vacío o vacío puro. ¿Qué hay en ese vacío que no vemos ni podemos ver, pero que sabemos que “está ahí”? ¿O no está? ¿O está sólo cuando nosotros experimentalmente observamos sus efectos, o sea, cuando tratamos de medir o situar en el espacio y en el tiempo ondas o partículas subatómicas? Pero adentrémonos un poco más en los misterios de nuestro cuerpo. Nos dicen los biólogos y los químicos que nuestro esqueleto cambia por completo cada tres meses. Que las células, moléculas y átomos que lo componen se renuevan por completo en ese corto periodo de tiempo. Nuestros huesos, ya vemos, ni son tan sólidos ni tan permanentes y

## artículos

---

eternos como pensamos. ¿Lo somos nosotros? ¿Debemos serlo? Ítem más: nuestra piel dura un mes, más o menos; nuestro hígado, seis semanas; nuestro estómago, cuatro días... Sí, ni somos sólidos, ni permanentes, ni eternos. Al menos química, corporal o biológicamente. ¿Y perceptivamente? Puede que para compensar la realidad que somos, la realidad efímera y cambiante de nuestro ser, “pura piedra de agua esculpida”, nos aferremos tan heroica y estúpidamente a nuestro yo, nuestro maravilloso yo, imagen e idealidad pura, un constructo enteramente social e imaginario. Cuánta energía consumida en otorgar a este fantasma rasgos de identidad, esencias y permanencias, sabiendo como sabemos que es pura imagen, obsesiva y compulsivamente autorreflejada. Ése no es nuestro verdadero yo, nuestro verdadero ser.

Antes que un yo, antes que seres egomaniacos, somos energía consciente, capaz de acrecentarse. “La materia del mundo es materia mental”, dice el físico Eddington. Materia y energía se unen en un plano desconocido. Materia y conciencia se manifiestan como opuestos y complementarios, pero puede que sean uno, que sean dos manifestaciones de energía pura, dos formas de vibración o de frecuencia de la energía que llena el vacío del universo, el reino del no ser, el reino de lo abstracto, de donde nace o surge todo, hasta el impulso del universo por volverse consciente de sí mismo. Tenemos una conciencia ordinaria del mundo, pero podemos liberarla de la absorción y obsesión por el yo (social y socializado hasta la médula); podemos darnos la oportunidad de no repetir patrones cognitivos y de conducta predeterminados y aspirar así a la libertad de la conciencia. Porque nuestra conciencia, como el mundo, tiene sucesivas capas, como las de una cebolla, y podemos intentar separar esas capas, desenvolverlas y expandirlas por el infinito. Para ello es necesario hacer una revisión sistemática y total de nuestra vida, de nuestro sistema interpretativo y cognitivo, y de todas nuestras rutinas y hábitos. No es necesario volverse locos, ni místicos, ni visionarios, ni alejarse o abandonar el mundo para ello. Para empezar, hay que ser osados, concebir siquiera la idea de que no somos lo que creemos ser, ni el mundo es lo que nos decimos a cada instante que es. Convencernos sí, de que lo

mágico o el mundo mágico, no es un puro sueño, que es, o puede ser, además de un sueño, una realidad. La realidad pura, para ser más exactos.

¿Qué tiene todo esto que ver con el teatro? Mucho o nada, todo depende del teatro que queramos hacer. Y esto, en último término, depende de lo que cada uno quiera ser y hacer. Depende de lo que cada uno quiera hacer con su vida y de lo que cada uno quiere hacer con el teatro. No se confunda esto con un discurso moral, sino todo lo contrario, pragmático, una llamada a despojarnos de la impostura, el autoengaño y la complacencia, que no llevan más que al aburrimiento, de apatía, la asepsia y la muerte del teatro. Algo parece claro. El teatro es un lugar privilegiado para tratar de disolver —en él o a través de él— las fronteras de la realidad, para cuestionar y romper esquemas cognitivos, normas sociales e identidades compulsivas. La paradoja o el oxímoron constitutivo del teatro es la unión de realidad y ficción, la unión de un real ficticio y una ficción real. Es, por su propia esencia, la mejor definición de lo mágico. Todo en el teatro es como es, pero no es lo que es. Todo es como es, pero quiere ser otra cosa, porque sabe que es “también” otra cosa, “otra realidad”, la realidad más pura. El teatro nace del deseo de ser algo más de lo que nos dicen y nos decimos que somos, del deseo de percibir el mundo y de percibirnos de forma distinta a la que habitualmente estamos acostumbrados a hacer.

Si tomamos en serio las conclusiones a las que hemos llegado, el teatro puede convertirse en una de las experiencias más fascinantes y mágicas imaginables. El teatro es el espacio de la libertad y del cambio, del fluir de la energía libre de esquemas socializados. El teatro es un espacio de libertad y de liberación. En él podemos poner en cuestión los límites socializados del cuerpo, de la percepción, del placer y del sentir. Podemos ampliar nuestra percepción del mundo y la conciencia de lo que el mundo es y de lo que nosotros mismos somos, seres verdaderamente mágicos.

El teatro es por todo ello el lugar de la verdad. La hora del teatro es la hora de la verdad. Vamos al teatro para desengañarnos del engaño en que cada día y cada instante vivimos: el engaño de la realidad, del sentido común (la

socialización de la percepción), la negación de la magia y el misterio del mundo. El teatro, a lo largo de toda su milenaria historia, siempre ha sido eso: la búsqueda de nuestro verdadero yo, un intento por recuperar el misterio, la magia, el contacto con otros mundos, fantásticos sólo en la medida en que son contruados artística o artificialmente, pero reales en la medida en que nacen de anhelos de verdad y buscan experiencias de verdad, no sólo evasiones imaginarias de la realidad. ¿Qué era, si no, el teatro griego, el teatro más puro, en sus orígenes? La ruptura del orden cotidiano, la ruptura de la percepción ordinaria del mundo y la búsqueda de otra forma de percibir y experimentar y sentir y vivir la realidad. El teatro era la puerta para pasar a otros mundos. Por eso eran los muertos, los que venían del otro mundo, los encargados de llevarnos hacia esa otra percepción. Los actores eran encarnación de desaparecidos, seres que salían de la oscuridad de la “scene” (de la choza, del más allá) para traernos mensajes de ese mundo misterioso, de esa realidad aparte y oculta de la que un velo nos separaba. Los actores eran seres mágicos, seres que venían del otro mundo, y como su rostro era invisible para la conciencia ordinaria, lo cubrían con máscaras.

Pero los griegos primitivos no se limitaban a contemplar esas apariciones o llamadas venidas del otro mundo: querían vivir en ese otro mundo, experimentar la liberación de las normas, de los esquemas sociales y de la percepción ordinaria y limitada de la realidad. El teatro les conducía hacia esa búsqueda. Se ha hecho una interpretación demasiado sociologista de esos intentos de liberación orgiástica que el teatro propiciaba. El teatro en sus orígenes, como el carnaval después, no sería más que transgresión del orden social, fruto, por tanto, de la represión social y política de lo instintivo y de la necesidad que el orden dominante tenía de determinar un espacio y un tiempo limitado y controlado para la liberación de esas fuerzas inconscientes e instintivas. Una especie de liberación sexual, en último término. Como si nuestra obsesión por el sexo y la lucha por la liberación sexual fueran algo universal, poco menos que el motor de la historia. Se deja de lado algo fundamental y presente en casi todas las mal llamadas culturas primitivas (incluida la griega)

como era el conocimiento y la experiencia que tenían del acceso a la percepción de otros mundos —o de este mundo con otros ojos— a partir de la religión, la ceremonia sagrada y el ritual orgiástico. El trance era un tránsito hacia otra percepción, otra visión y otras vivencias profundamente anheladas por todos los miembros de una comunidad. Y esa experiencia y contacto con el misterio y la visión de una realidad no ordinaria formaba parte de su vida y su cultura —una parte esencial— y no era simplemente una explosión instintiva o un trastorno colectivo. El teatro era una experiencia viva y fundamental que formaba parte de la vida, no era un simple desahogo sexual o, más tarde, un mero entretenimiento “cultural”.

Hoy el teatro puede cumplir la misma función, abrirnos la puerta hacia otras posibilidades perceptivas, otra forma de sentir, gozar y pensar el mundo y la realidad. No se trata de defender un teatro “orgiástico”, o “provocativo”, sino un teatro que nos empuje hacia una liberación personal de esquemas, valores, ideas y formas socializadas de placer alienado. La búsqueda de una nueva percepción nos incita a descubrir el verdadero placer estético, corporal y creativo que da sentido al teatro de verdad, “el teatro de la verdad”. El teatro, para quien quiera, puede ser algo más que una ceremonia social cada vez más aburrida; algo más que la confirmación o reafirmación de la percepción y el orden social; algo más que una evasión imaginaria en mundos soñados a los que no damos ningún valor práctico; algo más que una obligación cultural o una forma de identificación y reconocimiento social; algo más que un “modus vivendi”, un negocio o una mercancía más...

Que cada cual llegue hasta donde quiera llegar. Infinitos mundos posibles, apenas imaginables, están aquí, ahí, a nuestro alcance. El infinito, realmente, nos rodea por todas partes. Y el infinito es todo lo posible. Como seres perceptores, como seres creativos, como seres conscientes, somos seres mágicos. El teatro, como experiencia, como vivencia, como creación artística, también puede ser una realidad mágica. Para quien quiera, puede ser un contacto con el infinito, “una búsqueda”, “un intento” y “una experiencia de libertad”, en definitiva. Nada más, nada menos.

## artículos

---

### ■ BIBLIOGRAFÍA

- Taisha Abelar, *Donde cruzan los brujos*, Madrid, Gaia, 1994.
- Carlos Castaneda, *Las enseñanzas de don Juan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.
- *Una realidad aparte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- *Viaje a Ixtlán*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- *Relatos de poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- *El segundo anillo de poder*, Madrid, Swan, 1986 (reeditado en Madrid por Gaia).
- *El don del Águila*, Madrid, Swan, 1986 (reeditado por Gaia).
- *El fuego interno*, Madrid, Swan, 1985 (reeditado por Gaia).
- *El conocimiento silencioso*, Madrid, Swan, 1988 (reeditado por Gaia).
- *El arte de ensoñar*, Barcelona, Seix Barral, 1993.
- *Pases mágicos. Las enseñanzas prácticas de don Juan*, Barcelona, Martínez Roca, 1998.
- *La Rueda del Tiempo: Los Chamanes del México Antiguo, su Pensamiento y el Universo*, Madrid, Gaia, 1999.
- *El lado activo del inconsciente*, Madrid, Alianza, 1999.
- P. C. W. Davies, *El átomo*, Madrid, Alianza, 1989.
- Florinda Donner, *El cuerpo humano*, Barcelona, Emecé, 1995.
- Clifford Geertz, *La cultura*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Edmund Husserl, *Introducción a la fenomenología*, Barcelona, Alianza, 1999.
- Oliver Sacks, *Umbrales de la percepción*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- VV. AA., *Psicología*, New York, McGraw-Hill, 1994.



